

Testimonio

GÜNTER SEELMANN E.*

Después del conmovedor relato de Américo Crünwald sobre su dramático paso por los campos de concentración en la Segunda Guerra Mundial, mis vivencias resultan menos impactantes pues no sufrí directamente tales rigores. Desgraciadamente, una parte importante de mi familia fueron deportados y perecieron en las cámaras de gas. En mi infancia y adolescencia compartí toda la incertidumbre y las angustias producidas por estos sucesos. Puedo considerarme entonces una víctima indirecta de la Shoá.

Nací en 1931 en el seno de una familia de clase media alemana de ancestros judíos. Hay evidencias de que los antepasados de mi padre pertenecieron a la corriente sefaradí que, a raíz del edicto de expulsión de los reyes católicos en el siglo XV, escaparon de España y se instalaron a ambas orillas del Rin. Esta parentela vivió por muchas generaciones en lo que hoy en día es el estado de Renania.

Desempeñaron desde el siglo pasado diferentes oficios como trabajadores textiles, pequeños fabricantes y comerciantes, aparentemente sin mayores restricciones. El abuelo se instaló definitivamente en Aquisgrán (Aachen), la antigua capital de Carlomagno y falleció antes del ascenso de Hitler al poder. La rama materna provenía del sureño estado de Baviera, donde las restricciones a la minoría judía se mantuvieron más tiempo. Por ejemplo, la prohibición de asentarse en ciudades como Nürnberg existió hasta fines del siglo XIX. No obstante éstas y otras limitaciones, lograron alcanzar

*GÜNTER SEELMANN E.: Doctor, testigo de la llamada "La noche de los cristales".

profesiones y tener éxito en ellas como químicos y médicos. Entre ellos, el profesor Dr. Ludwig Meyer, uno de los fundadores de la Pediatría, quien ejerció hasta 1933 en la Charité de Berlín y posteriormente en Palestina.

Hay que destacar que, con el correr del tiempo, la liberalización del medio europeo y alemán permitió a la minoría judía la progresiva incorporación al medio: lograr el acceso a diferentes oficios y profesiones. Además, la nueva situación los vinculó a la cultura y les permitió que hicieran aportes valiosos en distintas áreas del conocimiento. Se terminó el aislamiento y la vida del gueto. Los judíos alemanes conservaron, no obstante, las tradiciones religiosas. Este proceso integrador los hizo sentirse ciudadanos alemanes de fe mosaica, con todos los derechos y obligaciones pertinentes.

De tal suerte que mi padre, el mayor de cinco hermanos, fue movilizado y combatió en la Primera Guerra Mundial. Uno de mis tíos alcanzó el grado de coronel de ejército en el mismo conflicto.

Este último murió en Auschwitz en 1943.

El período de existencia normal terminó con la toma del poder por los nazis. En *Mi lucha*, Adolfo Hitler reservó un lugar preferente para sus concepciones racistas. Las leyes de Núrnberg acotaron y le dieron el marco jurídico a su virulento antisemitismo.

Los años de mi niñez vivida en Alemania se sucedieron en este ambiente odioso, orquestado por los nacionalsocialistas. Se me grabaron escenas como los anaqueles colocados en las calles de Aquisgrán acusando a los judíos de las cosas más tremebundas. Los avisos en los cines con la leyenda "Verboten für Juden", etc.

La víspera de la "Noche de los Cristales" gocé de un privilegio en que nos alternábamos los primos: dormir en la cama de la abuela. El 9 de noviembre de 1938, en acción concertada, grupos de choque asaltaron instituciones, comercios y sinagogas judíos, destruyendo lo que encontraban a su paso y atacando brutalmente a sus moradores. En la media mañana mi abuela me llevó a observar las ruinas aún humeantes de la vieja sinagoga, ante las risotadas de algunos espectadores. El mismo día mi padre fue detenido y llevado a Buchenwald junto a muchos miles más. Afortunadamente regresó al cabo de un mes. En su pronta liberación influyeron las gestiones de dos de sus hermanos que habían encontrado refugio en la vecina Holanda. A pesar de tan dolorosas experiencias, a mi padre le fue muy difícil decidir dejarlo todo y emigrar. Hasta el último momento creyó que la situación podría revertirse sin avizorar el inmenso peligro. Mi madre terminó por

convencerlo. Abandonamos territorio alemán la noche del 24 de enero de 1939, sin sospechar siquiera que nuestro lugar de destino sería Concepción, Chile, asolado ese mismo día por un devastador terremoto. Después de una breve internación en Holanda viajamos a Chile, alcanzando Valparaíso en diciembre de ese año.

Durante el primer período de la guerra vivimos en la tremenda incertidumbre de no saber de la suerte de los parientes que dejamos atrás en Europa. Recién después de la capitulación conocimos la magnitud de la tragedia. Cuatro de mis tíos y uno de mis primos perecieron en Auschwitz y Bergen Belsen. De mis primos sobrevivientes, dos se enrolaron en la resistencia holandesa y lograron salvarse. La abuela paterna fue liberada milagrosamente del campo de Teriesenstadt (Terezcin) pesando 30 kilos y con una fractura de cadera no tratada.

Los relatos de mis primos y de mi abuela, tiempo después, me provocaron mucha pena y rabia. Contribuyeron también a consolidar mi identidad, mi rebeldía y sed de justicia. Me formulé las acuciosas preguntas de cómo eran posibles estos crímenes. Por un tiempo preferí pensar que los nazis habían enloquecido, sin querer aceptar que se trataba de seres normales ejecutando órdenes, fines y métodos de eficiencia. Después de la guerra comprendí que las víctimas judías, los gitanos, los eslavos, adversarios ideológicos, encerrados en los campos de concentración, se vieron convertidos, siguiendo la expresión de Elli Wiesel, en las víctimas abandonadas por todo el mundo. La realidad es que en su ideología genocida los nazis querían matar hasta el último judío. No podía caber en mi razón por qué no podían coexistir con los niños y con los ancianos judíos, que eran sus primeras víctimas.

Sin embargo no todos fueron víctimas indefensas conducidas al matadero. También hubo resistencia a los ocupantes nazis en los guetos y hubo héroes. En Varsovia, en Sobibor, en Vilna y en otros lugares los partisanos judíos se levantaron en armas enfrentando un enemigo mil veces más poderoso, con cuyo sacrificio se recuperó la dignidad y el honor de un pueblo avasallado.

Treinta y cinco años después, en 1974, junto a mi familia volví a Alemania en condición de exiliado político chileno. Tuve, por tanto, varias oportunidades de percibir el efecto del Holocausto en los ciudadanos de aquel país, los que habían vivido lúcidamente los años del terror y los más jóvenes, que nacieron más tarde.

En 1981 se había exhibido por segunda vez en Alemania la serie *Holocausto* y, encontrándome con un grupo de médicos en la consulta de un psiquiatra supervisor, una colega muy joven pidió que habláramos todos los presentes sobre nuestras percepciones sobre el tema. La colega empezó contándonos que, al término de la guerra, siendo una niña, vivía a corta distancia de la frontera holandesa. Los Países Bajos habían padecido la ocupación militar nazi. Solía salir en bicicleta y cierto día niños holandeses la atacaron con insultos y pedradas. Quedó muy confundida y las explicaciones de sus padres no le dieron luces. Años más tarde, acompañada de una amiga, visitó el museo Ana Frank en Amsterdam. Quedaron muy conmovidas. A la salida se registraron en el libro de visitas. De pronto bajaron dos señoras de aspecto americano. Al observar sus nombres e identificarlas como alemanas, sentenciaron despectivamente: “Estas dos faltaron en las cámaras de gases”. Con lágrimas en los ojos la doctora comentó: “Pueden imaginarse nuestra consternación ante lo que habíamos escuchado. A partir de ese momento comprendí cuánto resentimiento quedaba aún como resultado de la acción de un régimen despótico y genocida que mi pueblo había levantado”.

Una doctora de 60 años recordó: “Durante la época hitleriana yo era una adolescente. En el barrio en que vivía conocía algunos vecinos judíos. Mis padres hablaban mal de ellos. No recuerdo exactamente lo que decían, pero en todo caso daban una mala imagen. Recuerdo haber sentido temor cuando me enviaron por primera vez donde el zapatero del sector, a cumplir un encargo. Me habían dicho que era judío. Entré a su taller con el presentimiento de que me podría pasar algo malo. Constaté que el zapatero no tenía nada especial. Mi segunda oportunidad de contacto con hebreos fue en el colegio, donde tuve dos compañeras judías y tampoco comprobé que fueran diferentes a las demás alumnas. En consecuencia, en mí no se desarrollaron sentimientos discriminatorios o antisemitas”.

“A partir de la ‘Noche de los Cristales’, la persecución física de la minoría hebrea tomó proporciones cada vez mayores. Nos dimos cuenta que los conciudadanos judíos del barrio comenzaban a desaparecer del entorno. Yo no me preocupé mayormente –es cierto–, sólo lo comenté en mis círculos. Recuerdo que se decía que los llevaban a trabajar en las industrias. Pero no protesté, no hice nada, otros también sabían que algo tenebroso debía estar haciéndose con los judíos. Que entre ellos había niños, mujeres, viejos indefensos. Sin embargo, no protestamos, no hicimos nada. Hoy pienso que

presentía los crímenes que estaban ocurriendo. Fui cobarde. Fuimos cobardes todos, porque regímenes dictatoriales inducen al temor y a este tipo de reacciones”.

Finalmente, mirado el Holocausto en la perspectiva actual y de futuro, la catarsis sólo resulta trascendente en la medida en que es capaz de desencadenar conductas del rechazo más absoluto a todas aquellas doctrinas que discriminan a personas o grupos por sus ideas, su pensamiento religioso, carácter étnico u otras diversidades.

Debemos velar por un respeto permanente hacia el hombre, su dignidad y sus derechos. Sólo de esta manera estaremos en condiciones de garantizar a las futuras generaciones una convivencia sana y feliz.



Die Holztour. Von G. Hieronymi.